

¿CRISIS DE LAS HUMANIDADES O LA HUMANIDAD EN CRISIS?



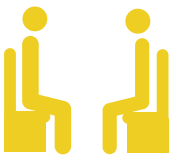
Jorge Babativa

Palabras clave: ciencias humanas, ciencias sociales, filosofía, sociedad, posverdad.



Martha Nussbaum (2016) afirmó en uno de sus discursos al hablar sobre las ciencias humanas, que existen habilidades que emanan de ellas como son “la capacidad de pensar de manera crítica, la capacidad de trascender las lealtades locales y acercarse a los problemas mundiales como un ‘ciudadano del mundo’ y la capacidad de imaginar comprensivamente la situación del otro” (p. 15). Las ciencias humanas y la filosofía permiten formar al ciudadano.

El escenario natural del cultivo de las humanidades y la filosofía es la escuela, pero el horizonte se ha visto empañado en una excesiva “educación científica y técnica” (Nussbaum, 2016, p. 15), aunque al afirmar que existe una excesiva cualificación técnica y científica del estudiantado, no intento decir que dichas áreas del conocimiento no son importantes, todo lo contrario, pero el contraste es desnivelado al compararlo con la enseñanza de las ciencias humanas, los diferentes gobiernos olvidan que las ciencias son fruto de la filosofía.



Ahora bien, según Nussbaum (2016): “El pensamiento crítico es particularmente crucial para la buena ciudadanía en una sociedad que tiene que luchar a brazo partido con la presencia de personas que difieren según la etnia, la casta, la religión y profundas divisiones políticas” (p. 20).

Esto sucumbe en el imaginario, en la formación de profesionales y ciudadanos íntegros, producto de la equivalencia entre las diferentes asignaturas de corte científico; las ciencias humanas permiten el establecimiento de una formación crítica, pero lamentablemente se observa la competencia despiadada desde los primeros niveles de aprendizaje, en donde se mide el conocimiento a través de una calificación y se obliga al educando a través de la presión social a ser competitivo, a que luchar por una calificación, estudiar una carrera por el ingreso salarial y no por su vocación.

A su vez, la decisión de los sujetos sobre su proyección personal se enmarca en una posverdad que se encuentra inmersa en la manipulación, la “toma de decisiones basada no en la evidencia, sino en las emociones y las creencias personales” (Aguirre García, 2020, p. 3) desligan al individuo a tomar decisiones de forma objetiva, aunque tenga la falsa percepción que lo hace de manera propositiva, la realidad es que se ha dejado llevar por intereses ajenos a él.

Así, el hombre deja a un lado las humanidades como ciencias porque considera que no es suficiente para saciar su sed de adquisición, estos factores se dan por la misma percepción cultural, el choque entre las diferentes ciencias de corte empírico o social ha desencadenado un constante cuestionamiento, por tal motivo es necesario ahondar en la problemática social como ciencia y la delimitación que trajo consigo factores emergentes, como lo explica Cordua (2012), al intervenir en defensa de las humanidades y exponer su problemática: “Estas materias humanísticas y su presencia en los actuales programas educativos de todos los niveles pasan, en este momento, por una profunda crisis a la que se presta poca atención a pesar de su gravedad” (p. 7).

Entonces bien, existe un problema lateral que no permite la observación de la problemática humanística como una necesidad de primer orden, una apreciación que se soporta desde la postura de Cordua (2012) al indicar que “aunque no tan visible y comentada, la crisis de las humanidades es la verdadera crisis del mundo actual, no el terremoto de los mercados bursátiles al que el periodismo trata como si fuera lo único importante que está ocurriendo en el momento” (p. 8). Por consiguiente, se hace complejo visibilizar la crisis, puesto que se invisibiliza por otras esferas que presumen de carácter más inmediato.



Para entender un poco más sobre las ciencias humanas, se debe profundizar en el entendimiento de su agrupación y su actuar:

Estas disciplinas comprenden a la filosofía, la historia, la lingüística, las ciencias sociales y políticas, las artes y la literatura, el derecho, ciertas variantes de la psicología y la antropología y algunos aspectos de las ciencias estrictas y las especiales de la naturaleza y, en su efecto de las ciencias sociales (Cordua, 2012, p. 7).

Las ciencias humanas giran sobre la naturaleza humana y profundizan en los aspectos que son intangibles y necesarios en el actuar de los sujetos que conforman la sociedad, pero sería erróneo indicar que las crisis son innecesarias.

En concordancia con lo anterior, Edmund Husserl (2008) afirmaba que “la crisis de una ciencia, sin embargo, significa nada menos que lo siguiente: su auténtico carácter científico, la forma toda en que plantea su tarea y el método que construye para ella, se han vuelto cuestionables” (p. 47); su opinión es importante ya que formula el concepto de crisis de la ciencia, necesaria porque permite la continuidad, la vanguardia y la transformación a nuevos conocimientos, pero lo que es inaudito es que se desee borrar, ocultar o desechar a las ciencias humanas como si estuviésemos en tiempo de la inquisición.

Sin embargo, esta conspiración data de mucho tiempo atrás, Charles Percy Snow, uno de los pioneros en iniciar el recorrido de lo que se considera la crisis de las ciencias humanas, al postular en la sociedad de la década del 50 el discurso titulado *Las dos culturas y la revolución científica*, señala que en el mundo del conocimiento existen dos grupos que conviven entre sí, por un lado, los intelectuales (humanistas) y por el otro, los científicos.

Snow consideraba que cada uno poseía una funcionabilidad y por ello creía que “una de las características de la forma de vida científica es el interés por la investigación, mientras que el ejemplo que menciona a cuento de los intelectuales es que no permiten que se les censure una palabra” (Cortina, 2013, p. 208). Dicha expresión es una afirmación que va en contravía de la investigación, o acaso ¿La investigación no es el arte de buscar respuesta a interrogantes o nuevos conocimientos? Es cierto que la palabra de un humanistas es valiosa y él sabe lo sabe, conoce que su criterio y su postura debe ser respetado, pero también busca la forma de construir un mundo mejor a través de la investigación; un ejemplo son ramas de la filosofía como la ética, la hermenéutica, la epistemología o la política, que intentan concebir, buscar y reflexionar sobre el sujeto, su vida, su contexto y muchos otros dilemas filosóficos que tienen como finalidad encontrar respuestas a las problemáticas actuales.

No obstante, la delimitación y la separación de la concepción de una ciencia del todo es absurda en mi criterio, ya que las ciencias empíricas necesitan y deben apoyarse en las ciencias humanas y sociales, ya que ellas les permitirán focalizar las manifestaciones de índole social, o “los problemas de la enseñanza de la filosofía tienen un trasfondo en la sobreposición de paradigmas y en la influencia de contextos interdisciplinarios, como la ciencia y la técnica que desplazan el filosofar” (Oyola, 2016, p. 101), las ciencias humanas fundamentan la ciencia sin importar si son blandas o son ciencias duras.

Las ciencias sociales —aunque no hacen parte directa de las ciencias humanas— también se encuentran en crisis, su dinamismo social y su sentido de análisis a las problemáticas han producido en ellas una crítica constante, el si son o no son fiables a la hora de medir un problema, percepción que las pone en tela de juicio, pero aún más, el debate centralizado si al crear el cuestionamiento son o no ciencias debido a su naturaleza, por ello, se traza un camino para conocer si es coherente aquel cuestionamiento, pero aún peor es la creencia sobre si existe la aplicabilidad de la ciencia social, si es válido o no; se considera que su carácter de trabajo no es preciso en muchas ocasiones, pero como lo afirma Casanova (1991):

Debemos reconocer que hay nuevos paradigmas del conocimiento social y cultural. Al mismo tiempo hay nuevos paradigmas de la sociedad y el Estado, unos dominantes, otros emergentes. En el terreno del conocimiento, el paradigma hoy dominante ha dado un espacio considerable a los números y a los grados, a la comunicación y a la organización (p. 23).

La globalización permite la conectividad en tiempo real y la interacción de todas las personas sin importar su cultura, su raza, su orientación sexual o política, estos aspectos permiten la existencia de nuevos paradigmas y la manifestación de dilemas éticos; las ciencias sociales evalúan, analizan y estudian muchos factores existentes entre el contacto social de las personas, por tanto se debe decir que es fundamental el alcance y desarrollo de este aspecto, la sociedad que constituimos es multicultural e intercultural y, cada sujeto es independiente de pensamiento, acto y desarrollo, vivimos en la cúspide de la independencia y la elección, algo jamás pensable hace 100 años. En ese entonces, nuestra sociedad vivía en represión y sometimiento, como muestra a dicho panorama se encuentran actos aberrantes como la segregación americana, la prohibición del voto de la mujer, el *apartheid* sudafricano y, sin lugar a duda el sometimiento de la iglesia al estado a través del dominio de la educación.



Lo luctuoso de esta nueva realidad es que está al borde del retroceso social, por no decir que ya se retrocedió. Con base en lo anterior, la sociedad actual vive problemáticas similares a las ya mencionadas, no se pueden ignorar las palabras de Haidar (2019) al comprender que “la posverdad como fenómeno sociocultural-histórico-político-económico haya existido desde siempre ligada al ejercicio del poder, en estos momentos su emergencia adquiere nuevos y peligrosos matices por el impacto de las redes sociales en el mundo hiperconectado” (Haidar, 2019, p. 2).

Martha Nussbaum sostiene que el propósito de la educación liberal “es el cultivo de la humanidad”, que solo se puede llegar a este punto neutral si el sistema educativo se interconecta con las ciencias humanas. La autora exhibe unas capacidades que son fruto de la aplicabilidad de la filosofía en dichos sistemas, entre estas capacidades tenemos “la capacidad de autoexamen, inspirada en la pedagogía socrática, que implica, a su vez, la autorreflexión y el pensamiento crítico sobre la propia cultura y sus tradiciones” (Nussbaum, 2010, p. 329). ¿Será posible la idea de formar personas con profunda reflexión y pensamiento crítico? ¿Será viable para el sistema consumista actual estimular ciudadanos con dichas cualidades?

La respuesta a lo anterior es no, un no tan rotundo que la simple idea de construir sociedades capaces de cuestionarse a sí misma sería peligrosa para el sistema y, contraproducente para los intereses monetarios que ellos representan, pero la realidad es que:

El afán de contribuir al crecimiento económico de los países que se consideran atrasados y la determinación de conservar los niveles de bienestar y de consumo en las naciones ricas inclinan hoy a los planificadores de la educación a programar la formación de los educandos teniendo en vista principalmente los intereses pecuniarios de los individuos y de su nación (Cordua, 2012, p. 7).

Dicho lo anterior, se puede observar la utilidad de la filosofía para el desarrollo del individuo y su comprensión de las cosas, a nivel mundial se viene dando una problemática cada vez más preocupante en lo que concierne a la enseñanza de la filosofía y su accesibilidad al estudiantado; al realizar un análisis de la filosofía se percibe como un todo que nos permite adentrarnos en las ciencias humanas y sociales a través de la interpretación de las realidades de los sujetos que producen cuestionamientos, que nos adentran a la confrontación de las realidades y en ocasiones son objeto de ocultamiento para vender entornos ficticios que son llevados a través de modelos consumistas que roban la verdad y la rempazan por falacias enmascaradas.

Husserl (2008) puntualmente describe la utilidad de la filosofía y su quehacer: “Estas preguntas conciernen finalmente a los seres humanos en sus comportamientos respecto del mundo circundante humano y extrahumano, decidirse libremente, configurarse racionalmente ellos mismos y el mundo circundante, como libres en sus posibilidades” (p. 49). Ahora bien, la naturaleza misma de la filosofía desencadena el empleo de métodos tales como la epistemología, la hermenéutica y la lógica, por indicar solo algunos, está negación o barrera que se le está poniendo para su enseñanza y ejercicio repercute en las otras ciencias, un futuro estudiante de leyes por ejemplo, que en su colegio no tuvo la fortuna de comprender y aplicar la hermenéutica, tendrá un atraso significativo a la hora de aprender en su universidad la importancia de dicho método, y ello repercutirá a la hora de comprender o interpretar textos-contextos sociales.

Un ejemplo de la campaña por suprimir a la filosofía de los currículos escolares es el siguiente:

En Gran Bretaña, se han anunciado recortes presupuestales para la educación pública, y por ello, se ha formado un consejo de defensa de las humanidades. En Estados Unidos, Martha Nussbaum ha denunciado la reducción de apoyos para las humanidades en razón inversa al apoyo de los centros tecnológicos [...] en Centroamérica la filosofía fue eliminada de ese nivel desde hace más de diez años (Vargas Lozano y Torres, 2013, pp. 1-2).

Pero, ¿existe un trasfondo real que motive a los gobiernos a suprimir la enseñanza de la filosofía? Estos escenarios en los que se ha dejado de lado la formación, permiten deslumbrar un principal motivo para suprimir la filosofía de los currículos escolares por parte de los poderes hegemónicos como acto para legitimarse, por lo que “surge la producción de una perversidad monstruosa, en la cual tanto los sujetos productores de la posverdad, como los sujetos receptores se integran a una teatralidad de la mentira, del simulacro, producida por los poderes hegemónicos” (Haidar, 2019, p. 4).

La finalidad principal es la de sostener el sistema opresivo y consumista actual, sacando a la filosofía del currículo porque ella estimula al sujeto en el análisis de los acontecimientos y le permite reabrir el camino a la búsqueda de una verdad a través del pensamiento crítico, sobre todo ahora que el sistema socioeconómico se basa en un capitalismo depredador, como afirman Vargas Lozano y Torres (2013) al indicar que “la filosofía podría cumplir la función de formar a un individuo más capacitado pero que no dejara de tener conciencia de sí mismo y del mundo en que vive. Se trataría de una conciencia crítica que no aceptaría la sumisión” (p. 11), lo cual sería un tropiezo

para los intereses de los diferentes sistemas políticos que desean sociedades dóciles y obedientes, la finalidad es la de suprimir desde la raíz la enseñanza de los aspectos humanísticos y sociales, creando la falsa premisa que son obsoletas y que lo realmente importante es generar ingresos de índole económico para generar capital.

De otra parte, un factor fundamental a abordar es la problemática en la que la ciencia se encuentra atrapada, una cuestión que es un doble camino e integra a todas las ciencias, pero fundamentalmente a las humanas, las sociales y la filosofía. En ese aspecto, Bartolucci (2017) menciona que “el primero se cuestiona acerca de cómo y en qué medida la actividad científica es facilitada o inhibida por factores sociales tales como la política, la economía y la religión” (p. 10). Este primer paradigma nos dimensiona la influencia que en muchos contextos ejercen sistemas como el político, el económico o el religioso en labor científica, para este primer paradigma volvamos a la Europa de inicios del siglo XX; la Alemania nazi utilizó todos los campos científicos para justificar el holocausto y la guerra, la mezquindad con la cual el hombre puede apropiarse e influenciar en el desarrollo de las ciencias para ponerlas al servicio de modelos dictatoriales o, para crear justificaciones erróneas de sistemas que han fracasado.



El segundo paradigma “se pregunta sobre la manera en que la ciencia opera como un sistema social relativamente autónomo de las diferencias territoriales, lingüísticas y culturales, así como de los sistemas políticos e ideológicos que imperan en el mundo” (Bartolucci, 2017, p. 10).

Este paradigma contrasta muy bien con la problemática planteada, ya que si se analiza el planteamiento de una autonomía de las ciencias en el ámbito social y cultural es relativamente contraproducente, la crisis actual producto del consumismo y de la ausencia de valores es el reflejo de cómo la ciencia se está viendo afectada, en la medida de que se va poniendo y se consume como un producto más, y no se asume con la responsabilidad que tiene una ciencia desde sus fundamentos éticos y morales, el dinamismo con el que se refleja el actuar a través de la contraposición de sí es rentable para el sistema, la utilización de una ciencia que no produce dinero masificado, pero sí produce cuestionamientos de los patrones observados a través del análisis del comportamiento individual y colectivo de los sujetos.

Las conclusiones a las que se puede llegar son que la crisis humanística realmente es un problema de doble trasfondo; por un lado, un problema de percepción y ocultamiento de los diferentes gobiernos que las perciben como una amenaza, tildándola como ciencia inescrupulosa que promueve ideas irreverentes y subversivas, omitiendo que “la inclusión de la subjetividad en la objetividad no hace de las ciencias humanas un subjetivismo desligado del mundo independiente del sujeto” (Aguirre García, 2020, p. 12). Este fenómeno parte del temor que los gobiernos y grupos hegemónicos tienen de la constitución del sujeto, capaz de expresar públicamente su desacuerdo a posiciones que sean contrarias a las ya establecidas, a través de ideas fundamentadas y construidas desde las ciencias humanas.



Debido a esto, buscan la forma de silenciar a las ciencias humanas intentando categorizarlas como aspectos de la posverdad.



De igual forma, ligan a las ciencias humanas como vanas en el desarrollo de los diferentes sistemas económicos (capitalismo). En consecuencia, se apoyan en falsas noticias, dejando la verdad “obsoleta frente a toda la especulación y la manipulación llevada a su máxima potencia por la posverdad en las producciones semiótico-discursivas de los medios digitales y los horizontes quedan oscurecidos, nebulosos por la victoria de la hiperrealidad” (Haidar, 2019, p. 4). Esta estrategia les permite legitimar a través de las categorías opuestas a la verdad, afirmaciones convenientes que tienen la finalidad de generar polémica y caos a través del miedo como herramienta para la manipulación en masas.

Así se van configurando mentiras a través de diversos medios de comunicación que pretenden desdibujar la realidad para vender una falsa estrategia, que sostenga que la única salida que evite el caos es la constituida por la posverdad. Este elemento es utilizado para “la producción y reproducción de la mentira tanto en la dimensión macro, como en la dimensión micro” (Haidar, 2019, p. 5),

Así mismo, es importante reafirmar que las humanidades garantizan individuos más competentes, reflexivos y críticos que garantizarían sociedades más felices y prósperas o, como lo indica Cortina (2013):

Las humanidades en este nuestro siglo XXI (la filosofía, las filologías, la historia y la literatura) tienen por objeto reflexionar sobre esa intersubjetividad humana que es el vínculo entre sujetos cada uno con su peculiar identidad, sujetos que precisan reconocerse recíprocamente para hacer ciencia natural y social y para hacer conjuntamente la vida cotidiana (p. 214).

Por otro lado, a modo de una segunda conclusión, se puede indicar que la sociedad está enfrascada en un constante conflicto de intereses, polarización y lo único que suple esa necesidad es el bien material, los indicadores y la necesidad de demostrar adquisición a través de todos los logros alcanzados. Si a este agravante le sumamos la problemática de la inestabilidad de la humanidad y la falta de interés por los fenómenos sociales, entonces podemos empezar a comprender la crisis real, la de la humanidad, que necesita un estudio profundo sobre los fenómenos que la tienen al borde del colapso. Como se dijo, lo lamentable es que existen factores de tipo político y económico que quieren suprimir las ciencias humanas y sociales con la única finalidad de evitar que el sujeto se preocupe por sí y solo se dedique a obedecer.

Pero es suficiente con esto; he avanzado rápidamente para sensibilizar respecto al significado incomparable que le cabe a una aclaración de los profundos motivos de la crisis en que la filosofía y la ciencia moderna cayeron desde muy temprano, y que se extienden hasta nuestros días en violento ascenso (Husserl, 2008, pág. 60).

Con esto se concluye la dificultad de comprender por qué ignoramos la importancia de las humanidades, cuando ya Husserl a principios del siglo XX auguraba las consecuencias destructivas de dar una visión netamente positivista a las ciencias desarrolladas en occidente, teniendo en cuenta que esta concepción conducía a perder en el horizonte la parte humana, obstaculizando el desarrollo del hombre desde sus dimensiones ontológicas y axiológicas, lo cual es perjudicial para la construcción del hombre y su cultura desde el punto de vista estético, ético y epistemológico, puesto que se pone un freno a la creatividad, a su control comportamental para vivir en sociedad y comprender el mundo aspirando a lo verídico. En este sentido, si el hombre no trabaja para el hombre en sí, reconociendo las consecuencias, pensando en el bien desde una postura ética de los mínimos, puede perderse en la finalidad y ser destructivo en la medida que le da más relevancia al objetivo que a sí mismo, solo mediante las humanidades se puede comprender y alcanzar una conciencia sobre esto.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguirre García, J. C. (2020). La posibilidad de la objetividad en ciencias humanas. *Cinta de moebio*, (67), 1-13.

Bartolucci, J. (2017). La ciencia como problema sociológico. *Sociológica (México)*, 32(92), 9-40.

Casanova, P. G. (1991). Los desafíos de las ciencias sociales hoy. *Revista de la Universidad de México*, (491), 23-25.

Cordua, C. (2012). La crisis de las humanidades. *Revista de Filosofía*, 68, 7-9.

Cortina, A. (2013). El futuro de las humanidades. *Revista Chilena de Literatura*, (84), 207-217.

Haidar, J. (2019). Las falacias de la posverdad: desde la complejidad y la transdisciplinariedad. *Oxímora Revista Internacional de Ética y Política*, (13), 1-16.

Husserl, E. (2008). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Prometeo libros.

Nussbaum, M. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz Editores.

Nussbaum, M. (2016). Educación para el lucro, educación para la libertad. *Revista Nómadas*, (44), 13-25.

Oyola, D. E. (2016). Los retos de la enseñanza de la filosofía en el mundo globalizado: perspectivas transversales e interdisciplinarias. *Revista Escribanía*, 14(1), 99 - 110.

Vargas Lozano, G. y Torres, J. A. (2013). Reflexiones sobre la situación actual de las humanidades y la filosofía. *Observatorio Filosófico de México*, 1-16.